

CAPÍTULO 5

La autoexistencia de Dios

¡Señor de todo ser! Sólo Tú puedes afirmar YO SOY EL QUE SOY; sin embargo, nosotros, que estamos hechos a Tu imagen, podemos repetir cada uno "Yo soy", confesando así que derivamos de Ti y que nuestras palabras no son más que un eco de las Tuyas. Te reconocemos como el gran Original del que, por Tu bondad, somos copias agradecidas aunque imperfectas. Te adoramos, Padre Eterno. Amén.

"Dios no tiene origen", dijo Novaciano, y es precisamente este concepto de no-origen lo que distingue Aquello-que-es-Dios de lo que no es Dios.

Origen es una palabra que sólo puede aplicarse a las cosas creadas. Cuando pensamos en algo que tiene origen no estamos pensando en Dios. Dios es autoexistente, mientras que todas las cosas creadas se originaron necesariamente en algún lugar en algún momento. Aparte de Dios, nada es autocausado.

Mediante nuestro esfuerzo por descubrir el origen de las cosas confesamos nuestra creencia de que todo fue hecho por Alguien que no estaba hecho de nada. La experiencia familiar nos enseña que todo "procede" de otra cosa. Todo lo que existe debe haber tenido una causa anterior y al menos igual a ella, ya que lo menor no puede producir lo mayor. Cualquier persona o cosa puede ser a la vez la causa y la causa de alguien o algo más; y así, volvemos a Aquel que es la causa de todo, pero que no es causado por nadie.

Con su pregunta: "¿De dónde viene Dios?", el niño reconoce inconscientemente su condición de criatura. El concepto de causa, fuente y origen ya está firmemente fijado en su mente. Sabe que todo lo que le rodea procede de algo distinto de sí mismo, y simplemente extiende ese concepto hacia Dios. El pequeño filósofo está pensando en el verdadero idioma de las criaturas y, teniendo en cuenta su falta de información básica, está razonando correctamente. Hay que decirle que Dios no tiene origen, lo que le resultará difícil de comprender, ya que introduce una categoría con la que no está familiarizado en absoluto y contradice la tendencia a la búsqueda del origen tan profundamente arraigada en todos los seres inteligentes, tendencia que les impulsa a sondear siempre hacia atrás y hacia atrás, hacia comienzos no descubiertos.

Pensar firmemente en aquello a lo que no se puede aplicar la idea de origen no es fácil, si es que es posible. Del mismo modo que, bajo ciertas condiciones, se puede ver un pequeño punto de luz, no mirándolo directamente, sino enfocando los ojos ligeramente hacia un lado, lo mismo ocurre con la idea de lo Increado. Cuando intentamos enfocar nuestro pensamiento en Aquel que es puro ser increado, puede que no veamos nada en absoluto, porque Él habita en la luz a la que ningún hombre puede acercarse. Sólo por la fe y el amor somos capaces de vislumbrarle cuando pasa junto a nuestro refugio en la hendidura de la roca. "Y aunque este conocimiento es muy turbio, vago y general", dice Miguel de Molinos, siendo sobrenatural, produce una cognición de Dios mucho más clara y perfecta que cualquier aprehensión sensible o particular que pueda formarse en esta vida; ya que todas las imágenes corpóreas y sensibles están inconmensurablemente alejadas de Dios."

La mente humana, al ser creada, siente una incomodidad comprensible ante lo Increado. No nos resulta cómodo admitir la presencia de Alguien que está totalmente fuera del círculo de nuestro conocimiento familiar. Tendemos a inquietarnos ante la idea de Alguien que no nos da cuenta de Su existencia, que no es responsable ante nadie, que es autoexistente, autodependiente y autosuficiente.

La filosofía y la ciencia no siempre han sido amistosas con la idea de Dios, ya que se dedican a la tarea de dar cuenta de las cosas y se impacientan con todo lo que se niega a dar cuenta de sí mismo. El filósofo y

el científico admitirá que hay muchas cosas que no sabe; pero eso es muy distinto de admitir que hay algo que nunca podrá saber y que, de hecho, no tiene ninguna técnica para descubrir.

Admitir que hay Alguien que está más allá de nosotros, que existe fuera de todas nuestras categorías, a quien no se le puede dar un nombre, que no comparece ante la barra de nuestra razón, ni se somete a nuestras curiosas indagaciones: esto requiere una gran dosis de humildad, más de la que la mayoría de nosotros poseemos, así que salvamos las apariencias pensando que Dios está a nuestro nivel, o al menos hasta donde podemos manejarlo. Sin embargo, ¡cómo se nos escapa! Está en todas partes y en ninguna, porque el "dónde" tiene que ver con la materia y el espacio, y Dios es independiente de ambos. No se ve afectado por el tiempo ni por el movimiento, depende totalmente de sí mismo y no debe nada a los mundos que sus manos han creado.

*Sin tiempo, sin espacio, solo,
solitario, y sin embargo
sublimemente Tres,
Tú eres grandioso, siempre,
¡sólo Dios es Unidad!
Solitario en grandeza, solitario en gloria,
¿Quién contará tu maravillosa historia? ¡Terrible Trinidad!*

Frederick W. Faber

No es un pensamiento alegre que millones de nosotros que vivimos en una tierra de Biblias, que pertenecemos a iglesias y trabajamos para promover la religión cristiana, podamos pasar toda nuestra vida en esta tierra sin haber pensado o intentado pensar seriamente en el ser de Dios. Pocos de nosotros hemos dejado que nuestros corazones contemplen maravillados al YO SOY, el Ser auto-existente detrás del cual ninguna criatura puede pensar. Tales pensamientos son demasiado dolorosos para nosotros. Preferimos pensar donde sea más útil: en cómo construir una ratonera mejor, por ejemplo, o en cómo hacer que crezcan dos briznas de hierba donde antes crecía una. Y por ello estamos pagando un precio demasiado alto: la secularización de nuestra religión y la decadencia de nuestra vida interior.

Tal vez algún cristiano sincero pero perplejo desee preguntarse en este momento sobre la utilidad de conceptos como los que intento exponer aquí. "¿Qué relación tiene esto con mi vida?", puede preguntarse.

"¿Qué sentido puede tener para mí y para otros como yo la autoexistencia de Dios en un mundo como éste y en tiempos como éstos?"

A esto respondo que, puesto que somos obra de Dios, todos nuestros problemas y sus soluciones son teológicos. Para tener una buena filosofía de la vida y una visión sana del mundo, es indispensable saber qué clase de Dios es el que maneja el universo.

El muy citado consejo de Alexander Pope, Conócete a ti mismo, no presumas de que Dios te escudriñe: El verdadero estudio de la humanidad es el hombre,

si se siguiera al pie de la letra, destruiría toda posibilidad de que el hombre se conociera a sí mismo de un modo que no fuera el más superficial. Nunca podremos saber quiénes somos hasta que sepamos al menos algo de lo que es Dios. Por esta razón, la autoexistencia de Dios no es una doctrina árida, académica y remota, sino que está tan cerca como nuestro aliento y es tan práctica como la última técnica quirúrgica.

Por razones que sólo Él conoce, Dios honró al hombre por encima de todos los demás seres creándolo a su imagen y semejanza. Y entiéndase bien que la imagen divina en el hombre no es una fantasía poética, no es una idea nacida de un anhelo religioso. Es un

hecho teológico sólido,

enseñada claramente en las Sagradas Escrituras y reconocida por la Iglesia como una verdad necesaria para la recta comprensión de la fe cristiana.

El hombre es un ser creado, un ser derivado y contingente, que por sí mismo no posee nada, sino que depende en cada momento para su existencia de Aquel que lo creó a Su semejanza. El hecho de Dios es necesario para el hecho del hombre. Si Dios desaparece, el hombre no tiene base de existencia.

Que Dios lo es todo y el hombre nada es un principio básico de la fe y la devoción cristianas; y aquí las enseñanzas del cristianismo coinciden con las de las religiones más avanzadas y filosóficas de Oriente. El hombre, con todo su genio, no es más que un eco de la Voz original, un reflejo de la Luz increada. Como un rayo de sol perece cuando se le separa del sol, así el hombre, separado de Dios, volvería al vacío de la nada del que saltó por primera vez a la llamada creadora.

No sólo el hombre, sino todo lo que existe surgió del continuo impulso creador y depende de él. "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Todo fue hecho por él y sin él no fue todo lo que ha sido hecho". Así lo explica Juan, y con él concuerda el apóstol Pablo: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades: todo fue creado por él y para él; y él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten." A este testimonio añade su voz el escritor a los Hebreos, testificando de Cristo que Él es el resplandor de la gloria de Dios y la imagen expresa de su Persona, y que Él sostiene todas las cosas por la palabra de su poder.

En esta total dependencia de todas las cosas de la voluntad creadora de Dios reside la posibilidad tanto de la santidad como del pecado. Una de las marcas de la imagen de Dios en el hombre es su capacidad de ejercer una elección moral. La enseñanza del cristianismo es que el hombre eligió ser independiente de Dios y confirmó su elección desobedeciendo deliberadamente un mandato divino. Este acto violó la relación que normalmente existía entre Dios y su criatura; rechazó a Dios como fundamento de la existencia y arrojó al hombre sobre sí mismo. A partir de entonces no se convirtió en un planeta que gira en torno al Sol central, sino en un sol por derecho propio, en torno al cual debe girar todo lo demás.

No podría imaginarse una afirmación más positiva de la mismidad que aquellas palabras de Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Todo lo que Dios es, todo lo que es Dios, se expone en esa declaración sin reservas de ser independiente. Sin embargo, en Dios, el yo no es pecado, sino la quintaesencia de toda bondad, santidad y verdad posibles.

El hombre natural es pecador porque y sólo porque desafía el ser de Dios en relación con el suyo. En todo lo demás puede aceptar de buen grado la soberanía de Dios; en su propia vida la rechaza. Para él, el dominio de Dios termina donde empieza el suyo. Para él, el yo se convierte en Sí mismo, y en esto imita inconscientemente a Lucifer, ese hijo caído de la mañana que dijo en su corazón: "Subiré al cielo, elevaré mi trono por encima de las estrellas de Dios. Seré como el Altísimo".

Sin embargo, el yo es tan sutil que casi nadie es consciente de su presencia. Porque el hombre nace rebelde, no es consciente de que lo es. Su constante afirmación del yo, en la medida en que piensa en ello, le parece algo perfectamente normal. Está dispuesto a compartirse, a veces incluso a sacrificarse por un fin deseado, pero nunca a destronarse a sí mismo. Por mucho que descienda en la escala de la aceptación social, a sus ojos sigue siendo un rey en un trono, y nadie, ni siquiera Dios, puede arrebatárselo.

El pecado tiene muchas manifestaciones, pero su esencia es una. Un ser moral, creado para adorar ante el trono de Dios, se sienta en el trono de su propio yo y desde esa posición elevada declara: "YO SOY". Eso es pecado en su esencia concentrada; sin embargo, porque es natural, parece ser bueno. Sólo cuando en el Evangelio el alma es llevada ante el rostro del Santísimo sin el escudo protector de la ignorancia, la espantosa incongruencia moral es traída a la conciencia. En el lenguaje de la evangelización, se dice que el hombre que se enfrenta así a la presencia ardiente de Dios Todopoderoso está bajo convicción. Cristo se refirió a esto cuando dijo del Espíritu que enviaría al mundo: "Y cuando venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio".

El primer cumplimiento de estas palabras de Cristo tuvo lugar en Pentecostés, después de que Pedro hubiera predicado el primer gran sermón cristiano. "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?". Este "¿Qué haremos?" es el grito profundo del corazón de todo hombre que de repente se da cuenta de que es un usurpador y está sentado en un trono robado. Por dolorosa que sea, es precisamente esta aguda consternación moral la que produce el verdadero arrepentimiento y hace un cristiano robusto después de que el penitente ha sido destronado y ha encontrado el perdón y la paz a través del Evangelio.

"La pureza del corazón es querer una cosa", dijo Kierkegaard, y con igual verdad podemos darle la vuelta y declarar: "La esencia del pecado es querer una cosa", porque oponer nuestra voluntad a la voluntad de Dios es destronar a Dios y hacernos supremos en el pequeño reino de Mansoul. Este es el pecado en su raíz maligna. Los pecados pueden multiplicarse como las arenas a la orilla del mar, pero sin embargo son uno. Los pecados son porque el pecado es. Este es el razonamiento detrás de la tan difamada doctrina de la depravación natural que sostiene que el hombre independiente no puede hacer otra cosa que pecar y que sus buenas obras en realidad no son buenas en absoluto. Sus mejores obras religiosas Dios las rechaza como rechazó la ofrenda de Caín. Sólo cuando ha restituido a Dios su trono robado son aceptables sus obras.

La lucha del hombre cristiano por ser bueno, mientras la inclinación hacia la autoafirmación aún vive en él como una especie de reflejo moral inconsciente, es descrita vívidamente por el apóstol Pablo en el capítulo séptimo de su Epístola Romana; y su testimonio concuerda plenamente con la enseñanza de los profetas. Ochocientos años antes del advenimiento de Cristo, el profeta Isaías identificó el pecado con la rebelión contra la voluntad de Dios y la afirmación del derecho de cada hombre a elegir por sí mismo el camino que ha de seguir. "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas", dijo, "cada uno se apartó por su camino", y creo que nunca se ha dado una descripción más exacta del pecado.

El testimonio de los santos ha estado en plena armonía con el profeta y el apóstol, en el sentido de que un principio interno del yo yace en la fuente de la conducta humana, convirtiendo en maldad todo lo que los hombres hacen. Para salvarnos completamente, Cristo debe invertir la inclinación de nuestra naturaleza; debe plantar un nuevo principio dentro de nosotros, de modo que nuestra conducta subsiguiente brote del deseo de promover el honor de Dios y el bien de nuestros semejantes. Los viejos pecados propios deben morir, y el único instrumento por el cual pueden ser asesinados es la Cruz. "Si alguno viene en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame", dijo nuestro Señor, y años más tarde el victorioso Pablo pudo decir: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no yo, mas vive Cristo en mí."

*Dios mío, ¡mantendrá el pecado su
poder y en mi alma vivirá desafiante!
No basta con que perdones, la cruz debe alzarse y el yo ser inmolado.
Oh Dios de amor, revela tu poder:*

No basta con que Cristo resucite, yo también debo buscar los cielos luminosos, y resucitar de la muerte, como Cristo resucitó.
Himno griego